

cuentra una mujer de talento y buena... Y la encontrará. ¿No opina usted lo mismo, Lina?...

La familiaridad del nombre propio era un halago en la elegante señora, árbitra sin duda de la sociedad, aunque ya su sol declina. Puesto del todo este sol, que fué esplendoroso, aún quedará un reflejo de su irradiar. El propósito de halagarme, por si soy para Almonte algo más que una cliente rica, se revela en el empeño de acompañarme y pilotearme en el Casino—sin officiosidad inoportuna—de inventarme excursiones entretenidas, de relacionarme. Debieron de correr voces, un santo y seña, porque hubo atenciones, encontré facilidades, me ví rodeada, mosconeada, invitada á diestro y siniestro, á almuerzos y *lunchs*. Pregusté el sabor de los rendimientos que el poder inspira; sentí la infatuación de la marcha ascendente por el florecido sendero. No tuve, en pocos días, tiempo de profundizar la observación de lo que me salía al paso. Mi goce se duplicó por el bienestar físico que me causaba la tónica balneación, y por el femenino gusto de vestir galas y adquirir superfluidades en las ricas tiendas. También sentí orgullo al convidar á la duquesa, á su hermana, á algunos de los que me han obsequiado, á almorzar en mi hotel. Se enteraron de Dick, de Maggie, y ví el gesto admirativo de las caras cuando agregué:

—Bah, mi escocesa... Salió, para venir á servirme, de casa de lady Mounteagle. En efecto, sabe su obligación...

¡Al cabo, Biarritz es un pueblecillo! En una

semana, no había nadie que no me conociese. De mi *yo* verdadero nada sabían; en cambio, conocían hasta el número de frasquitos de *vermeil* cincelado que contenía mi maleta de viaje, traída por Maggie de la casa *Mapping and Web*, reina de las tiendas caras y primorosas, en que se expenden tan londonianos artículos. No todo el mundo, sin embargo, me hizo igual acogida. Hubo sus frialdades, sus distancias, sus impertinencias, aristocráticas y plutocráticas. Con mi fina epidermis, sentí algunos hielos, algunas ironías, mal disimuladas por aquiescencias aparentes; hubo sus corrillos que se aislaron de mí, sus saludos envarados, peores que una cabeza vuelta para no ver. Y entonces si que empecé á «picarme al juego». A vuelta de correo, Agustín me contestaba:

—Esa es la lucha. Eso es lo que le prepara á usted un deleite de victoria. Apunte usted nombres. Verá usted qué delectación exquisita la de recordarlos después .. Cuando llegue la hora, amiga Lina... Y váyase usted pronto á París. Conviene que haya usted pasado por ahí como un meteoro ..

Seguí el consejo.—No sufrí la fascinación de París. Es una capital en que hay comodidades, diversión y recreo para la vista, pero no sensaciones intensas y extrañas, como pretenden hacernos creer sus artificiosos escritores. El caso es que yo traía la imaginación algo alborotada á propósito de *Notre Dame*. Este monumento ha sido adobado, escabechado, recogido en literatura romántica. Sin duda su

arquitectura ofrece un ejemplar típico, pero le falta la sugestión de las catedrales españolas, con costra dorada y polvorienta, capillas misteriosas, sepuleros goteroneados de cera y santos vestidos de tisú. *Notre Dame*... Un salón. Limpio, barrido, enseñado con facilidad y con *boniment*, por un sacristán industrial, de voz enfática y aceitosa. Falta en *Notre Dame* sentimiento. Yo rompería algunas figurillas del pórtico, plantaría zarzas y jaramago en el atrio. Y, sin embargo, aquí han sentido profundamente los del Cenáculo. Ellos sacaron de sí mismos á *Notre Dame*. Yo, española, no puedo sentir hondo aquí, ni aun por contraste con las calles infestadas de taxímetros, de *autobus* y otras cosas feas. Vale más, seguramente, que no sienta. El lirismo, como un licor fuerte, me daña.

Patullo en la prosa parisiense. Manicuras, peluqueros, modistas, reyes del trapo, maniqués vivientes, desfilan en actitudes afectadas. Mis uñas son conchitas que ha pulido el mar. Mi peinado se espiritualiza. Mi calzado se refina. Dejo á arreglar en la calle de la Paz las pocas joyas anticuadas de doña Catalina Mascareñas que no transformé en Madrid, para que me hagan cuquerías estilo María Antonieta ó modernisterías originales. Voy á los teatros, donde los intermedios me aburren. Me doy en el Louvre una zambullida de arte y de curiosidad. ¡Cuánto se divertiría aquí D. Antón de la Polilla! Pude hacerle feliz quince días... Sólo que me aburriría á mí, porque lo admira-

ría todo en esta ciudad y en este modo de ser de un pueblo aburguesado y jacobino. ¡Me daría cada solo volteriano inocente! ¡Y si al menos él tuviese gracia! Pero un Voltaire pesado, curado al humo en Alcalá...

Y lo que me asfixia en París, lo que me hace de plomo su ambiente, es la continua exhibición de la miseria humana, la suciedad industrializada, fingida, afeitada, cultivada lo mismo que una heredad de patatas ó alcacer. Las desnudeces y crudezas de los teatros; las ilustraciones iluminadas de los kioscos; los títulos de guindilla de los tomos que sacan á la acera las librerías; los anuncios con mostaza y pimienta de Cayena, me renuevan la náusea moral, el sufrimiento de la vergüenza triste, de la repugnancia á tener cuerpo. Vuelven las horas de aburrimiento, y al regresar al hotel me dejo caer en la meridiana, mientras Maggie me dá consejos higiénicos, me recomienda la poción que tomaba para sus vapores lady Mounteagle...

—¡Á Suiza!—ordeno lacónicamente.—Vamos directamente á Ginebra... Prepare usted el equipaje.

IV

Noto en Suiza lo contrario que en Granada. Á Granada pude yo hacerla para mí. Suiza está hecha: tan hecha, que nada nuevo íntimo descubro en ella. La sedación de Suiza, su frígida pureza de horizontes, me hacen, eso sí, un bien

muy grande. Comprendo que aquí se busque reposo después de una caída de las de quebrantahuesos. Reposo activo; no la disolvente languidez de la Alhambra.

Como Agustín me escribe que todavía le detendrán una quincena los quehaceres y que en Ginebra nos reuniremos, dedico este tiempo á ciudades y lagos. De los Alpes, visito todo lo que no obliga á alardes de alpinismo. ¡Soy de la meseta castellana! Subo, por dentro, á las montañas inaccesibles; con los pies, no. He visitado Friburgo y Berna, encontrando superiores los hoteles á las ciudades; Lucerna y Zurich, y, por Schaffhausen, me he dirigido al lago de Constanza, punto menos infestado de turistas ingleses que el resto de Suiza. El Rin, que forma estos dos lagos entre los cuales Constanza remeda el broche de una clámide, es al menos un río cuya imagen he visto en mis deseos, un río de leyenda. Constanza es poco más que un pueblecillo; sin embargo, los hoteles no ceden á los de ninguna parte. Suiza ha llegado, en punto á hoteles, á lo perfecto. Y es una sensación de calma y de goce físico, reparadora, la que me causa, después del enervamiento del tren, esta vida solitaria y magnífica, con Maggie que no me da tiempo á formular un deseo, y pasándome el día entero al aire libre, el aire virgen, purificado por las nieves eternas, en un balcón ó veranda sobre el lago, que enraman las rosas trepadoras y los cabrifollos gráciles. A mi lado, sentada perezosamente, una inglesita lee una

novela; de vez en cuando sus ojos flor de lino buscan, ansiosos, los ojos de un inglesón de *terra cotta*, que sin ocuparse de su compañera, se mece al amparo de la sábana de un periódico enorme. Pobre criatura, ¿sabrás lo que anhelas? ¡Qué fuerza tendrá el engaño para que tu cabecita de arcángel prerrafaelista, nimbada de oro fluido, se vuelva con tal insistencia hacia ese pedazo de rubicunda carne, amasada con lonchas de buey crudo, é inflamada con mostaza desolladora y picores de rabiosa especiería!

De Constanza, me agrada también el que sus recuerdos no me producen lirismo... Aquí no flotan más sombras que las de herejes recalitrantes asados en hogueras, y emperadores, condes y barones á quienes hubo que embargar sus riquezas porque no pagaban el hospedaje á los burgueses de la ciudad. Bien se echa de ver que los suizos están convencidos, al través de las edades, de dos cosas: que hay que ser independiente y cobrar á toca teja las cuentas del hotel.

El Rin me atrae; de buen grado pasaría la frontera y recorrería Baviera y el Tirol, aunque me sospecho que pudieran parecerse exactamente á Suiza; los mismos glaciares, los mismos precipicios, y esas montañas donde los que logran alcanzar la cúspide, echan sangre por los oídos. No realizo la excursión, porque experimento cierta inquietud de volver á ver á Agustín; me agrada la perspectiva de su presencia. Ninguna turbación, ninguna emo-

ción desnaturaliza este deseo sencillo, amistoso.

Una postal me avisa, y retorno por el lago de Como á Ginebra, donde al venir no he querido detenerme. Me instalo, no en el mejor hotel, sino en el que domina mejor vista sobre el lago Azul. No es una frase: en el lago Léman, las aguas del Ródano, al remansarse, sedimentan su limo y adquieren una limpidez y un color como de zafiro muy claro. Hay quien cree que no basta esta explicación, y que algún mineral ó alguna tierra de especial composición se ha disuelto en ellas, para que así semejen girón de cielo.

Me acuerdo de aquellas aguas de Granada, seculares, donde el pasado hace rodar sus voluptuosas lágrimas... y me parece que este lago es como mi alma, donde el limo se ha sedimentado y sólo queda la pureza del reposo.

No me canso de mirarle y de comprenderle. Forma una media luna, y en uno de sus cuernos se engarza Ginebra, como un diamante al extremo de una joya. Ningún lago suizo, ni el de Constanza, donde desagua el Rin, le vence en magnitud. Con razón le califican de Occéano en miniatura. El barquero que me pasea por él en un botecito repintado de blanco, graciosa cascarita de nuez, me informa, con sinceridad helvética, de que el lago es peor que el mar: sus traiciones, más inesperadas. En días tormentosos, el nivel del Léman, súbitamente, crece dos metros; de pronto, se deshinchá; media hora después, vuelve á hincharse. Y,

creyendo que me asusto, añade el pobre hombre:

—Pero hoy no hay cuidado. Nosotros sabemos cuando no hay cuidado.

Sonríó desdeñosa, porque el peligro eventual no me ha parecido nunca muy digno de tenerse en cuenta, entre los mil que acosan á la vida humana, sabiendo que, al cabo, es presa segura de la muerte. Estoy tan enterada como el barquero del singular fenómeno, que se nota sobre todo en las dos extremidades del lago, y, por consiguiente, cerca de Ginebra. Cuando venga Agustín, le contagiare: pasearemos por este mar diminuto y felino, y haremos la excursión al rededor de él, por sus márgenes pintorescas.

Un telegrama... Llega esta tarde Almonte. Naturalmente, no le espero: él es quien, atusado y limpio ya, solicita permiso para presentarse. Mando que le pongan cubierto en la mesa que ocupo, cerca de una ventana, por la cual entra la azulina visión del lago. Y, familiarmente, comemos juntos, como si fuésemos ya marido y mujer...

Vuelvo á probar la grata impresión de Madrid, que no tiene ninguno de los signos característicos del amor, y por lo mismo no me reanueva las heridas aun mal cicatrizadas. Agustín es el *amigo*... Los dos tenemos planteado el problema de la vida, con magnífica curva de desarrollo; los dos necesitamos eliminar el veneno lírico, en las gimnasias y los juegos de la ambición. Él me lo dice, refiriéndome añejas

historias de amarguras y desencantos, que se parecen á la mía...

—Todas las aventuras llamadas amorosas son muy semejantes, Lina. Uno de los espejismos de esa calentura es suponer que hay en ella un fondo variado de psicología. No hay más que la sencillez del instinto, del cual dimana.

La comida es plácida, llena de encanto. Averiguamos nuestras predilecciones, nos comunicamos secretos de paladar. Agustín apenas bebe un par de copas de Burdeos; yo una de Rin, con el pescado, una de Champagne, muy frío, con el asado. Nos gustan á los dos los exquisitos peces de agua dulce, que en Constanza eran mejores, porque estábamos al pie del Rin, y truchas y salmones y anguilas tenían especial sabor. Todo esto reviste suma importancia: Agustín cree que, en las horas de descanso apacible, se debe refinar, disfrutar de las delicias de tanto bueno como hay en el mundo.

—Sí, Lina, ese es el sistema... Cuando se lucha, se acomete y se resiste sin importárenos de los golpes, del dolor, del riesgo. Pero cuando nos rehacemos con un paréntesis de bienestar y de olvido, entonces ¡venga todo el epicureísmo y el sibaritismo! ¡Tenemos en las manos una dulce fruta: á no perder gota de su zumo!

Desde el primer momento establecemos y definimos nuestra situación. El mundo es una cosa, nosotros otra. Somos dos aliados, dos fuerzas que han de completarse. Da por supuesto que la dirección la imprime él. Y me asombro de encontrarme tan propicia á una sumi-

sión, de aceptar una jefatura, y de aceptarla contenta. Me someto á este hombre á quien no amo; me someto á él porque puede y sabe más de la ciencia profana que eleva á sus maestros. Analizado y destruído mi antiguo ideal, él me promete una vida colmada de altivas satisfacciones; una vida «inimitable», como llamaron á la suya Marco Antonio y la hija de los Lagidas, al unirse para dominar al mundo.

Y me induce también á admitirle por guía la presciencia ó el tacto que revela al echar á un lado la cuestión amorosa, las flaquezas del sexo. El penoso encogimiento de la vergüenza me lo ha suprimido así. Me ha comprendido, ha penetrado en mi abismo. Como no es fatuo, admite la hipótesis de no causarme cierto orden de impresiones. Y, como tiene la viril paciencia de los ambiciosos, aguarda. Y, como se propone algo más que el vulgarísimo episodio de unos sentidos en conmoción, me respeta, y nos entendemos en la infinidad de terrenos en que el hombre y la mujer pueden entenderse, cuando han acertado á pisotear la cabeza de la serpiente, antes que destile en el corazón su ponzoña.

Se regulan las horas, se hace programa de la estancia en el oasis. Nos vemos incesantemente. No sólo comemos y almorzamos juntos, sino que en la veranda tomamos á la vez el mismo poético desayuno, el té rubio con la aromosa y blonda miel, que aquí, como en Zurich, se sirve en frasquitos de una limpieza seductora. Venden esta miel las aldeanas en Zurich, llevando en uno de los capachos del horriquillo

las flores montesinas de donde la liban las abejas. La idea de una loma florida, de un cuadro idílico, va unida á este té tan gustoso. Un día, riendo, Agustín me hace observar que, al cabo, nos unimos para el cultivo de la sensación; sólo que es una sensación gastronómica.

— Esas no abochornan — respondo. — Y él aprueba. ¡Ha aprobado!

Largas horas pasamos contemplando el panorama, las ingentes montañas sobrepuestas, queriendo cada una acercarse más al firmamento; y, coronándolo todo, el Mont Blanc, el coloso, que sugiere pensamientos atrevidos, deseos de escalarlo... Nos confesamos, sin embargo, que no tenemos vocación de alpinistas, ni hemos pensado parodiar á Tartarín.

— El frío... El cansancio... Las grietas, los aludes, el hielo en que se resbala. A otro perro con ese hueso — declara él. — No crea usted, Lina, que tengo un pelo de cobarde; pero, como sé que en mi carrera no faltan peligros, y que si se les teme no se llega adonde se debe llegar, yo evito los otros, los peligros de lujo.

— El peligro tiene su sabor...

— ¡Ah, lírica, lírica! ¿Es que ha soñado usted que yo le traiga un *edelweiss* cogido por mí al borde de un precipicio espantoso? Vamos, no está usted enteramente curada aún. Deje usted eso para los ingleses, gente sin imaginación ninguna. Nosotros, cuando subimos, es más arriba de las montañas; es á cimas de otro género. Esto no nos sirve sino de telón de fondo. Y los ingleses suben, y suben, ¿y qué en-

uentran? Lo mismo que dejaron abajo. Es decir, peor. Nieve y riscos inaccesibles. Ahí tiene usted. El que trepa, debe trepar para llegar á algo. Si no, es un tonto.

Nos reímos. Los ingleses son nuestros bufones. A toda hora nos ofrecen alguna particularidad ultra-cómica. Sus mujeres son sencillamente caricaturas enérgicas, á menos que sean ángeles vaporosos. Convenimos en la fuerza física de la raza. En cuanto á su mentalidad, no estamos muy persuadidos de que llegue á la mediana mentalidad ibérica.

— Me atrae su aseo — declaro. — No debe de oler una multitud inglesa como una multitud de otros países. El vaho humano, en esa nación...

— Eso creía yo mientras no pasé una temporada en Londres, y, sobre todo, mientras no visité Escocia. El olor de la gente en Escocia es punzador. Conviene que salgamos de casa para aprender lo que debemos imitar y lo que debemos recordar, á fin de no ser demasiado pesimistas. Lina, á mí se me ha puesto en la cabeza que he de dejar huella profunda en la historia de España. Que la hemos de dejar; porque desde que la conozco á usted, con usted cuento. En nuestro país se están preparando sucesos muy graves. ¿Cuáles? Por ahora... Pero que se preparan, sólo un ciego lo dudaría. ¡El que acierte á tomar la dirección de esos sucesos cuando se produzcan, llegará al límite del poder; no es fácil calcular adónde llegará! Yo aguardo mi hora, no esperando que me des-

pierte la fortuna, sino en vela, con los riñones ceñidos, como los caudillos israelitas. La soleada completa me restaría fuerza, y una compañera sin altura, ininteligente, me serviría de rémora. ¿Si usted...?

—La cosa es para pensada, Agustín... Para muy meditada.

—No, no es para meditada, porque yo no pido amor. Lo que solicito es una amiga, á la cual interese mi empresa. Ya sabe usted que á su tío, D. Juan Clímaco, le dejo muy abozalado. No ladrará, ni aun gruñirá. Al sabe que conmigo no puede permitirse ciertas bromas. ¡Ah! No crea usted; la red estaba bien tejida. Entre las mallas se hubiese usted quedado. El hombre armó su trampa con habilidad de gitano en feria. Compró testimonios que comprometían gravemente á D. Genaro Farnesio; hubiese ido... ¡quién sabe! á presidio. Se me figura que á él y á usted les he salvado. ¿Merezco alguna gratitud?

—Mucha y muy grande—contesto, tendiéndole la mano, que estrecha y sacude, sin zalamerías ni insinuaciones.—Sólo que... es delicado decirlo, Agustín...

—No lo diga... Si ya lo sé. Y lo acepto. Estoy seguro de que usted cambiará.

—¿Y si no cambio?

—Ni un ápice menos de respeto ni de amistad cordialidad. Creo que el trato es leal. Lo único que pido, es que la prohibición á que suscribo para mí, no se derogue en beneficio de otro. Si para alguien ha de ser usted más que amiga...

—¡Ah! ¡Eso no! Eso no lo tema usted.

—Pues no temiendo eso... Crea usted, Lina, que haremos una pareja venturosa. Demos al tiempo lo suyo. Todo pasa; somos variables en el sentir. Yo fío siempre en la inteligencia de usted, que es para mí el grán atractivo que usted reúne. Antes de conocerla, su fortuna me pareció una base necesaria para mis aspiraciones—no se quejará usted de que no soy franco—pero ahora, se me figura que hasta sin fortuna desearía su compañía y su auxilio moral. Para un hombre político, es un peligro la soltería. Existe en su porvenir un punto obscuro; lo más probable es que halle una mujer que ó le disminuya ó le ponga en berlina.

—Es cierto, y, ya que usted ha sido tan sincero, le digo que tampoco conviene á un político una mujer pobre. Yo encuentro que la cuestión de la honradez de un hombre político es algo pueril; el menor error, en materia de gobierno, importa doble y perjudica doble al país que una defraudación. Sólo que es arsenal para los enemigos, y piedra de escándalo para los incautos. Por eso un político debe estar más alto, poseer millones legítimamente suyos. Eso le exime de la sospecha.

—¡Palabras de oro!—bromea él,—y no sé de donde ha sacado usted tal experiencia... Hubo en la historia de España un hombre que fué, en un momento dado, árbitro, como rey. Pero tenía mujer; y ella, por la tarde, vendía los cargos y honores que al día siguiente él concedería. Y el lodo le llegaba á la barba; y su poder

duró poco y cayó entre escarnio. Nuestra fuerza, nos la dan las mujeres. Si no me auxilia usted por amor, hágalo por compañerismo. Subamos de la mano...

Creo que este diálogo lo pasamos una noche, en que el lago reflejaba una luna enorme, encendida todavía por los besos del poniente. Estábamos en la veranda, muy cerca el uno del otro, y los camareros, cuando pasaban llamados por algún viajero que pedía *wisky and soda*, cerveza ó aperitivos, apresuraban el andar, por no ser molestos á los enamorados españoles. Y, sin embargo, en el momento sugestivo, no se aproximaban temblantes nuestras manos, ni se inclinaban nuestros cuerpos el uno hacia el otro.

V

Y avanza el singular noviazgo, frío y claro como las nieves que revisten esos picachos y esas agujas dentelladas, que muerden eternamente en el azul del cielo puro. Aun diré que era más frío el noviazgo que las nieves, ya que éstas, alguna vez, se encendían al reflejo del sol. Me lo hizo observar un día Agustín. Él no lamentaría que la situación cambiase; pero lo procuraba con labor fina, sabiendo que yo estaba á prueba de sorpresas. Aplicaba á la conquista de mi espíritu la ciencia psicológica y matemática á un tiempo conque estudiaba al resto de la gente, piezas de su juego de ajedrez. Dueño de largas horas y propicias oca-

siones, teniendo por cómplices los azares de un viaje, supuso—después lo he comprendido—que siempre llega el cuarto de hora. Debo reconocer que esta idea, algo brutal en el fondo, la aplicó el proco con artística finura.

Su actitud fué la del hombre que busca un afecto, y, para conseguirlo profundo, lo quiere completo, sin restricciones. Estaba seguro de mi amistad, contaba conmigo como asociada... pero ¿y si, abandonando él en mí lo que no debe abandonarse, otro hombre...?

—Ni en hipótesis—confirmando tercamente.

Para demostrarme con un alto ejemplo histórico su pensamiento, me recordó el lazo entre el conquistador Hernán Cortés y la india doña Marina.

—¿No es verdad que al pensar en esta pareja, no vemos en ella á los amartelados amantes, sino á dos seres superiores á los que les rodeaban, y que se juntaban para un alto fin político? Cortés necesitaba á doña Marina, su conocimiento del ambiente, su lealtad para prevenir emboscadas y traiciones. La india se había penetrado de los propósitos del conquistador. Sin embargo, el modo de que las dos voluntades se fundiesen, fué la unión natural humana. En ello, Lina, no hay ni sombra de nada repugnante. Es un hecho como el respirar. Por distintos caminos que usted, yo he llegado á despreciar también la materia, la estúpida ceguedad del instinto. Pero en la vida de dos personas como usted y yo, esta comunión sería más espiritual que otra cosa...

¿Me niega usted el derecho de defender mis ideas...? — se interrumpió con grata sonrisa sagaz, de italiano discípulo de Maquiavelo.

—No—asentí.—Es probable que no llegue usted á persuadirme; pero si cierro los oídos, se pudiera inferir miedo. Espláyese usted y persuádame, si es capaz.

Se tegió este diálogo en el castillo de Chillón, que siguiendo al rebaño, tuvimos la ocurrencia de visitar en nuestra excursión á Vevey, comprendida en la vuelta que dimos al lago. El sitio es, sin duda, pintoresco, entre salvaje y sosegado; la torre y los calabozos sólo recuerdan episodios políticos; Almonte me hace notar cómo ha cambiado este aspecto de la vida: por cuestiones políticas ya á nadie se suele echar grillos; y los judíos, á quienes estos pacíficos suizos y saboyanos sacaron de la fortaleza para quemarlos vivos, como hubiesen hecho unos terribles inquisidores españoles, hoy son partidarios de la libertad de conciencia...

—Los recuerdos de Chillón no le serán á usted molestos. Por aquí no, revolotea el cupidillo...

—Sí que revolotea. Por aquí situa Rousseau escenas de su *Nueva Heloisa*, que es un libro pestífero, y, después de pensar quien lo ha escrito, muy empalagosamente asqueador.

Combatiente diestro, aprovechándose de la ventaja que se le concedía, Almonte supo disertar. En nuestro periplo alrededor del misterioso lago, desplegó los recursos de su arte.

A su voz no le había yo prohibido el contacto material. Su voz hermosa, llena, de gran orador, tenía por auxiliares los ojos, algo salientes; pero de un negror y blancor expresivos. Poco á poco la voz va entrando en mi alma. Experimento un goce sutil en oírla, diga lo que diga; solamente al llamar al camarero. Me place que desenvuelva sus planes, haciendo lo contrario de Mefistófeles con Fausto; presentándome, como remate del vivir, en vez de la perspectiva amorosa, la del triunfo de una ambición intensa. Escucho interesada las inauditas y dramáticas historias que me refiere de gente conocidísima, y él, para justificarse, alega:

—La política es cada día más una cuestión de personas. No hay nadie que no tenga en su vida un interés, un resorte secreto. El que los conoce es dueño de mucha gente, si creen que puede realizar esos anhelos que no se exhiben, generalmente, ante el público, y aunque se exhiban...

La sociedad altanera, frívola y disoluta que he visto de refilón en Biárritz la disecca Agustín con instrumento de oro, entre gestos seguros, de hombre de ciencia... de esa ciencia.

—¿Fulano? Hacia la senaduría. ¿Mengano? La rehabilitación de un título con Grandeza. ¿Perengano? Cosa más sólida; un célebre asunto en lo contencioso... Millones. ¿Perencejo? Toda la vida ha querido ministrar... y no siendo más inepto que otros, no lo ha logrado. ¿Ciclanito? Eso es serio; pica alto, alto...

Y, comentario:

—A lo alto llegaremos nosotros. ¡Sabe Dios á qué altura! Por mucha que sea, ni usted ni yo somos de los que sufren vértigo... Aquí no nos armamos de *alpenstock*, porque no nos divierte. Desde abajo vemos los juegos de la luz... En fin, yo quiero que usted sea la segunda mujer de España... á no ser que para entonces los sucesos hayan tomado tal giro, que pueda ser la primera. ¡Así, la primera! No tomarán ese giro; yo, por lo menos, no lo creo; pero ello es que hay muchos modos de ocupar primeros lugares... Si yo soy el dueño, la dueña usted... Siendo yo Cayo, tú serás Caya... como decían los romanos en las ceremonias nupciales. ¡Ah! Perdón, Lina... la he tuteado...

—Era un tuteo histórico.

—No importa; me va á fastidiar ahora mucho volver á... Lina, yo te creo una mujer superior. ¿No se tutean los amigos?...

—En realidad...

Y el tuteo no fué embarazoso, sobre esta base de la amistad franca. Al contrario; estableció entre nosotros algo tan grato, que yo no recordaba nunca un período en que tan gustoso me hubiese sido vivir. Los planes, los proyectos, las esperanzas, todos saben cuánto superan en deliciosa sugestión á la realidad, aun cuando salga conforme á esos mismos planes ó los mejores. Un anhelo de interés me hacía desear locamente lo más loco de cuanto se desea: el acercarse á la muerte: que los años hubiesen volado, y que Agustín y yo fuésemos ya los

amos, los árbitros, aquellos ante quienes todo se inclinaría... El, sonriente, moderaba mi impaciencia.

—Calma... calma... Y atesorar mucha fuerza y felicidad para que no nos coja débiles el momento de la apoteosis... que es seguro.

—El caso es, Agustín, que yo tengo ideal, y que, si llega ese instante, quisiera que, mañana, la historia...

—El ideal, en la política, se construye con realidades pequeñas. Nace de los hechos, sin cultivo, como esos *edelweiss* peludos sobre la nieve... Entretanto, Lina, seamos egoístas, pensemos en nosotros...

Y noté, efectivamente, que mi amigo empezaba á prestar al «nosotros» un sentido nuevo, diferente del que yo le había atribuido hasta entonces. Como en las altas cumbres que el sol teñía de amatista pálida y de los anaranjados del oro encendido por el fuego—al avanzar el verano, el hielo se derretía—. Desde el tuteo, Agustín iba, poco á poco, mostrándose enamorado, traspasado, rendido. Era una inconsecuencia, era una transgresión, era faltar á lo tratado; y, sin embargo, yo fluctuaba. Una indulgencia que me parecía criminal ante mí misma, me invadía como un sopor. Lo que más contribuía á hacerme indulgente—reconozco que es extraño el motivo—era que yo no compartía la turbación que iba advirtiendo en Almonte. El enervamiento de la Alhambra y de Loja, no se reproducía ante el Mont-Blanc. Y como no era *en los demás*, sino *en mí*, donde